

Representaciones vargallosianas del mundo latinoamericano

Mario Vargas Llosa: *Sables y utopías. Visiones de América Latina*, Selección y prólogo de Carlos Granés. Madrid: Aguilar, 2009, ISBN 978-84-03-10078-7. 480 págs.

Durante los últimos cinco decenios Mario Vargas Llosa ha producido una amplia obra periodística, la cual le reportó una serie de galardones, entre ellos, el Premio Ramón Godó Lallana, otorgado por *La Vanguardia* de Barcelona en 1979; el Mariano de Cavia, otorgado por el diario *ABC* madrileño en 1997; y en 1999, el prestigioso Premio de Periodismo José Ortega y Gasset al mejor artículo de opinión. Con frecuencia aparecen volúmenes en los cuales se recogen sus textos difundidos con anterioridad en la prensa española o hispanoamericana, como es el caso de los tres tomos de *Contra viento y marea* (1983, 1986, 1990), *Desafíos a la libertad* (1994) y *El lenguaje de la pasión* (2000). El libro que comentamos en estas páginas, *Sables y utopías. Visiones de América Latina* editado en 2009 constituye una nueva selección de textos producidos entre 1967 y 2008.

El propósito de esta nueva compilación presentada por Carlos Granés ha sido difundir los postulados ideológicos de Vargas Llosa y con ello iluminar el compromiso del autor ante la realidad latinoamericana. El prólogo, “La instintiva lucha por la libertad”, además de encomiar el compromiso del autor, cumple la doble función de introducir los textos seleccionados y de situar en su contexto el pensamiento vargallosiano, desde la vinculación con las ideas marxistas en su juventud hasta su conversión a los postulados liberales de Milton Friedman, Friedrich A. von Hayek e Isaiah Berlin acaecida hacia 1980. Granés trata de ilustrar “las batallas que Vargas Llosa ha dado por la libertad”, su oposición a toda dictadura y el papel desempeñado como “instintivo defensor de la libertad”. Con ello intenta reafirmar la imagen de un intelectual comprometido en la defensa de los derechos individuales frente al Estado opresor.

Los 53 textos que constituyen este volumen de casi 500 páginas son presentados como si fueran ensayos; sin embargo, la mayoría de ellos son artículos de opinión, aparte de cartas y conferencias dictadas por Vargas Llosa en diferentes oportunidades. Los textos han sido organizados temáticamente en cinco capítulos: “La peste del autoritarismo”; “Auge y declive de las revoluciones”; “Obstáculos al desarrollo: nacionalismo, populismo, indigenismo, corrupción”; “Defensa de la democracia y del liberalismo”, y por último, “Los beneficios de la irrealidad: arte y literatura latinoamericana”. Los tres primeros tratan acontecimientos ocurridos en diversos países de la región, desde el sur del Río Bravo al Río de la Plata, pasando por el Caribe. La realidad peruana es la más recurrente seguida de la cubana. Pero también la realidad de Argentina y Nicaragua ha despertado el interés de Vargas Llosa, como asimismo acontecimientos de México, Panamá, Haití, Chile, Colombia, Bolivia y Venezuela. En el capítulo cuarto, “Defensa de la democracia y del liberalismo”, queda explícito el compromiso ideológico de Vargas Llosa con los valores de la cultura occidental, con el sistema político estadounidense y con los principios económicos del neoliberalismo. En el quinto y último el escritor hispano peruano destaca los aportes literarios y artísticos de algunos de los creadores latinoamericanos, con lo cual matiza las visiones negativas de América Latina que aparecen en las demás partes de esta obra.

En los artículos periodísticos, Vargas Llosa aplica muchos de los recursos que emplea en sus ficciones y, con frecuencia, el de la hipérbole, el que, por un lado, se vuelve un “extremismo” retórico eficaz para despertar el interés del lector y orientarlo en una determinada lectura, tal como indican los títulos de muchos de los textos (“El país de las mil caras”; “Hacia el Perú totalitario”; “¿Regreso a la barbarie?”); y por otro, invita a la polémica. Y

es que a menudo cobran sus opiniones un tono categórico, cuando por ejemplo, trata de refutar a sus adversarios y recurre al sarcasmo; así, con “La dictadura perfecta” se refiere al gobierno mexicano del PRI; “¡Abajo la ley de gravedad!” es un intento por descalificar al movimiento antiglobalización; en “Queremos ser pobres”, la mordacidad está dirigida a quienes se oponen a la política económica neoliberal. Con todo, el manejo magistral de variados artificios literarios y las ingeniosas soluciones a los problemas que toda escritura plantea hace que la lectura de los escritos producidos por Vargas Llosa sea siempre amena y enriquecedora, como es el caso de los que componen este volumen, especialmente los de la última parte.

La mayoría de los textos recogidos en *Sables y utopías* están motivados por hechos puntuales ocurridos en contextos y tiempos diversos a partir de los cuales Vargas Llosa pretende demostrar que si América Latina se halla hundida en la miseria es por propia responsabilidad ya que se ha dejado seducir por el militarismo y las utopías socialistas e, incluso, por tímidas reformas socialdemócratas. Por ejemplo, “Hacia el Perú totalitario”, publicado en *El Comercio* de Lima, en 1987, expresa con claridad la reacción de Vargas Llosa a propósito de la proposición del entonces gobierno de Alan García de estatizar la banca, el sistema de seguros y las empresas financieras. El artículo constituye un ataque enardecido al gobierno socialdemócrata del APRA, al que, como indica el título, lo responsabiliza de tratar de convertir al país en un Estado totalitario. Como es sabido, el término *totalitario* fue acuñado en el seno del movimiento fascista italiano y se ha empleado más tarde para caracterizar un régimen dictatorial de partido único que tiene bajo control estricto a *toda* la sociedad, como fue el caso de la Alemania nazi o el de la Unión Soviética de J. Stalin. En esta perspectiva, se hace evidente el argumento “terrorista” empleado por Vargas Llosa para demonizar una reforma que, de haberse realizado, hubiera limitado los intereses de un sector minoritario y privilegiado de la sociedad.

Y es que según la visión de Vargas Llosa, entre los peores males que padecen los latinoamericanos no se hallan la injusticia social ni las exorbitantes desigualdades económicas sino los políticos y revolucionarios que postulan “utopías” marxistas (o meramente socializantes) y los movimientos indígenas que luchan por el reconocimiento étnico y por sus derechos cívicos. De ahí que embista con especial arrebato contra estos movimientos y sus representantes, a veces oblicuamente, como en “Jugar con fuego”, otras en forma directa, como en los artículos “La lógica del terror”; “Los buenos terroristas”; “La otra cara del paraíso”; y “No más FARC” donde presenta diferentes aspectos de los movimientos guerrilleros. El más temprano de estos textos escrito en 1980 a causa de una “ola de atentados terroristas” en Perú, constituye una reflexión acerca de las motivaciones que llevan a individuos y organizaciones a cometer tales acciones. El autor trata de explicar la estrategia practicada por algunas organizaciones revolucionarias de los sesenta, las que alentadas por el triunfo de la revolución cubana, intentan iniciar un proceso de cambio en el seno de sociedades dominadas por desigualdades socioeconómicas.

El razonamiento de Vargas Llosa no deja de ser problemático; por un lado, no determina con claridad el concepto de terrorismo ni tampoco clasifica jerárquicamente operaciones realizadas por individuos, organizaciones o Estados. Por otro, generaliza sin distinguir, por ejemplo, entre actos de sabotaje y acciones terroristas, lo cual implica que las organizaciones de resistencia popular, fuesen o no armadas, quedan tipificadas como terroristas, y de igual forma cada uno de sus integrantes y colaboradores, hayan o no participado en acciones de ese tipo. En este aspecto, el razonar de Vargas Llosa se confunde con el de los generales que planearon la estrategia de la llamada guerra sucia. En verdad, la intención de Vargas Llosa no es otra que la de responsabilizar a la izquierda de los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas durante la represión de las organizaciones populares, como lo manifiesta en el próximo artículo que comentamos.

“Jugar con fuego” expresa el “malestar creciente” de Vargas Llosa por el debate que en 1995 se dio en el seno de la sociedad argentina a partir de las revelaciones realizadas

por agentes de la represión responsables de torturas, desapariciones forzosas y asesinatos de presuntos terroristas. Lo que estaba en discusión era el indulto que el gobierno de Carlos Saúl Meném había concedido en 1990 a más de 200 militares incluidos los máximos responsables, Jorge Rafael Videla, Roberto Eduardo Viola y Leopoldo Fortunato Galtieri. El escritor enumera muchas de las crueldades cometidas por los “cuerpos especializados en la lucha antiterrorista” y señala la complicidad de sacerdotes y capellanes castrenses, de médicos y psicólogos colaboradores de los agentes de la represión. Asimismo menciona los treinta mil desaparecidos. No obstante ello, aboga por el mantenimiento de la amnistía. Uno de sus argumentos más contundentes se basa en la tesis de la imposibilidad de juzgar a todos los responsables, puesto que, según el escritor, estaría implicada una gran parte de la población argentina, la cual de una u otra manera habría apoyado el golpe militar de 1976: “Desde luego, sería magnífico que *todos* los responsables de esas inauditas crueldades fueran juzgados y sancionados. Pero ello es prácticamente imposible porque aquella responsabilidad desborda largamente la esfera castrense e implica a un amplio espectro de la sociedad argentina”. No deja de ser cierto que un sector de la población apoyó el retorno de los militares al poder. Sin embargo, esa circunstancia no es óbice para exculpar a quienes cometieron crímenes de lesa humanidad. Si se aceptara el razonamiento de Vargas Llosa, habría que postular la nulidad de todos los procesos judiciales realizados en Núremberg contra los líderes nazis, quienes gozaron del apoyo masivo de la población alemana. La intención de Vargas Llosa es, en realidad, responsabilizar a la izquierda de la “guerra sucia”. De ahí que, según su interpretación de la realidad argentina, la inseguridad que vivía la población en la década de los setenta habría sido “por culpa de la acción insurreccional de los montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)”, organizaciones que habrían desatado la guerra contra un régimen democrático, el cual “permitía un amplio margen de acción a sus opositores de derecha y de izquierda”.

O el conocimiento de la realidad argentina que posee Vargas Llosa es superficial o su memoria muy selectiva. Durante el gobierno de Isabel Perón sólo se permitía “un amplio margen de acción” a sectores de derecha y de ultraderecha y, por cierto, a los llamados escuadrones de la muerte. En esos años, ser catalogado de “zurdo” por la burocracia peronista significaba estar bajo amenaza de desaparición forzosa en los tiempos en que José López Rega, organizador de la Alianza Argentina Anticomunista (Triple A), ocupaba el ministerio de Bienestar Social del gobierno de Isabelita. Mas el autor culpabiliza solamente al ERP y a los Montoneros de la “zozobra” en que se hallaba la sociedad argentina, y olvida mencionar a los grupos terroristas de extrema derecha, como «MANO» que ya en los primeros meses de 1971 producía desapariciones forzosas a un promedio de una cada dieciocho días; o a la Triple A que hacia 1974 aterrorizaba a los sectores de la izquierda, con secuestros y asesinatos a diario.

Otro argumento esgrimido por Vargas Llosa para mantener en vigencia la amnistía es que de lo contrario se abriría la posibilidad para un nuevo golpe militar. Sin embargo, ¿cuál sería el valor de una democracia que cede frente al poder de los mandos militares? Tal sistema no tendría más que un carácter nominal ya que una buena parte del poder seguiría en manos de los criminales de guerra. Pero ello no es tema que cause malestar en el escritor.

“La otra cara del Paraíso”, de 1998, constituye un comentario del libro *Marcos, la genial impostura*, de los periodistas Bertrand de la Grange y Maite Rico. El título vargallosiano sugiere que el texto revelará la cara oculta de lo que ha sucedido a partir de la rebelión organizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el sur de México. Cabría preguntarse si es la cara de los “terroristas” la que se revelará. Pero el rótulo de “terrorista” no es adecuado para definir los métodos y propósitos de la guerrilla zapatista. Por ello Vargas Llosa tiene que recurrir a otros argumentos con el objeto de describir la lucha de los mayas mexicanos.

La intencionalidad irónica del título se vuelve evidente al leer el contenido: el “Paraíso” es la metáfora que denota el territorio bajo control de los zapatistas que sería un infierno en tanto la rebelión “no ha servido para mejorar en absoluto la condición de las comunidades nativas; más bien —la otra cara del Paraíso— la ha agravado en términos económicos y sociales”. Vargas Llosa basa sus afirmaciones en los datos aportados por los periodistas de *Le Monde* y *El País* quienes se han esforzado por “deslindar el mito y el embaque de la verdad”. De ese modo, el escritor hace una doble afirmación: es un mito que el movimiento zapatista sea indígena y campesino, y ese mito ha quedado eclipsado gracias a la “investigación” de Grange y Rico.

En realidad, que los mayas del sur de México no eran indígenas ni campesinos fue parte del discurso del gobierno federal, pese a que el primer comunicado del gobierno de Chiapas reconocía que eran unos 200 indígenas monolingües (o sea, que no hablaban castellano) los que habían tomado cuatro localidades del Estado, entre ellas San Cristóbal de las Casas. No obstante, cuatro años después de la rebelión, Vargas Llosa continúa cuestionando el protagonismo indígena: “En el movimiento zapatista los indígenas son un instrumento de manipulación — «simples cobayas», dicen Rico y de la Grange —, un decorado, una tropa de la que salen los inevitables muertos, y, a veces, los verdugos de otros indígenas. Pero nunca los protagonistas; o, mejor dicho, el protagonista, que es siempre Marcos”. La visión de los descendientes de los antiguos mayas que difunde el artículo es deshumanizadora y propia del discurso racista: cobaya, tropa, instrumento, decorado. Vargas Llosa les niega la capacidad de actuar como seres racionales y, encima, los califica de verdugos de otros indígenas. La retórica que emplea para presentar al adversario ideológico pertenece al discurso político denigrante. Al líder del EZLN lo describe como el “subcomandante de la máscara, la pipa y los dos relojes en las muñecas”. El renombrado escritor no ahorra calificativos insultantes: Marcos es un bufón del Tercer Mundo, un megalómano que compite con Madonna y con las Spice Girls en seducir multitudes.

La rebelión indígena es rebajada empleando el lenguaje, no de la pasión pero sí del poder. Para Vargas Llosa no fue rebelión ni insurgencia indígena. Lo que sucedió en Chiapas en 1994 fue un “alzamiento” y los “alzados” ni siquiera sabían muy bien qué se proponían, salvo unas confusas y vagas reivindicaciones que “hacen delirar de entusiasmo a los multiculturalistas de las universidades norteamericanas y europeas, pero inservibles para aliviar en algo las miserables condiciones de vida de los campesinos chiapanecos”. De modo que en esa rebelión no hay nada positivo, todo ha sido en vano, según Vargas Llosa, quien sostiene también que las negociaciones entre el EZLN y el gobierno de México solo han servido “para mostrar que los alzados carecían de un programa mínimo de reformas, orfandad que compensaban con vagas y confusas reivindicaciones en defensa de la «identidad» indígena”. Nótese las comillas empleadas en el concepto de identidad para indicar un distanciamiento. Y no es extraño. En México y en la mayoría de los países hispanoamericanos, se ha tratado de erradicar tal identidad trasmutándosela por la de campesinos o mestizos. Por otro lado, las reivindicaciones del EZLN no eran vagas ni confusas. Eran y son, por el contrario, claras y precisas. Los mayas de Chiapas se rebelan contra la discriminación que han venido sufriendo desde siglos justamente por ser indígenas. Contra los terratenientes que los acosan a diario. Contra la idea de convertir todo el planeta en un gran mercado. Por ello tomaron las armas, para resistir un proyecto que para ellos significa etnocidio, y también porque quieren construir una sociedad donde las necesidades y derechos fundamentales de los ciudadanos se respeten, donde las diferentes etnias hoy en día amenazadas por la cultura dominante sean reconocidas en pie de igualdad. El problema para quienes defienden el proyecto de la modernidad que sigue las pautas del desarrollo europeo y estadounidense es que los “campesinos chiapanecos” hablan lenguas mayenses y reivindican su origen étnico. Con ello hacen visible la dominación racial que han sufrido desde principios del siglo XVI por los colonizadores y, desde la Independencia, por las

elites dominantes que por todos los medios han tratado de eliminar esa identidad tan incómoda para los planes de desarrollo y explotación capitalista. La negación de la identidad étnica del indígena es aún más notable en el próximo artículo que comentamos.

Para sorpresa de quienes no siguen de cerca la activa militancia ideológica de Vargas Llosa, en su discurso de agradecimiento al Premio Nóbel 2010, el escritor no pudo evitar referirse a sus adversarios políticos, entre los que se encuentra el presidente de Bolivia, Evo Morales, a quien entonces trató de payaso y a su régimen de pseudo democrático. En “Raza, botas y nacionalismo”, de 2006, Vargas Llosa ya había explicitado su aversión hacia el boliviano, y también hacia Hugo Chávez, presidente de Venezuela y la familia Humala, de Perú. Según el escritor, con ellos el racismo logra respetabilidad con el beneplácito de la izquierda irresponsable. Y así, con buena dosis de sarcasmo, formula en “Raza, botas y nacionalismo” un discurso en apariencia antirracista pero empleando argumentos racistas cuando trata de denigrar la figura del presidente boliviano.

Morales (y todo lo que representa) aparece, por cierto, como doble amenaza en el horizonte de los políticos e ideólogos neoliberales latinoamericanos: por un lado, reivindica su origen aymara, y, por otro, su partido, el MAS, ganó las elecciones en el 2005 (y nuevamente las del 2010) con el apoyo masivo de las diferentes etnias indígenas y gracias a un programa de reformas socializantes. Por ello se puede entender, pero no justificar, los exabruptos, agravios gratuitos y prejuicios racistas expresados en este artículo. Vargas Llosa rebaja con buena dosis de ensañamiento la figura de Morales, cuyo aspecto y vestimenta, según el escritor, parecen programados por un genial asesor de imagen neoyorquino. Vargas Llosa se detiene en el peinado del presidente, y constata que sigue el estilo de un “fraile campanero”; observa su vestimenta (“trompas rayadas con todos los colores del arco iris”, “casacas de cuero raídas”, “vaqueros arrugados” y “zapatonos de minero”), y declara con sorna que “se convertirán pronto en el nuevo signo de distinción vestuaria de la progresía occidental”. No deja de llamar la atención que el liberal Vargas Llosa apele a recursos retóricos empleados tradicionalmente por el discurso patriarcal con el objeto de descalificar a las mujeres que luchan por la igualdad de género. Aunque no es extraño pues es un método que ha funcionado a las mil maravillas para excluir a las feministas del espacio público, y es sin duda muy eficaz cuando se lo aplica también para descalificar a representantes de los pueblos autóctonos.

En verdad, Vargas Llosa no hace más que emplear la ironía para descalificar a un adversario ideológico que ejerce el poder político. Gusten o no gusten sus recursos retóricos denigrantes, practica el derecho a la crítica. Lo más insólito no es esto sino que, amparado en la libertad de expresión y en su indudable prestigio, le niegue a Morales su identidad indígena: Morales no es indio porque, según el autor, habla muy bien la lengua de Cervantes. Olvida que hay centenares de pueblos que han perdido su lengua materna y hablan castellano o portugués. Pero no por ello se los debe desposeer del resto de identidad cultural que han logrado mantener pese a los siglos de discriminación. No es primicia alguna negarle al Otro su identidad. Tampoco es una novedad estigmatizar a los indígenas como una de las causas del “atraso” de América Latina y declararlos una vez más un “obstáculo” para el Progreso, como indica el título del tercer capítulo. En este sentido, Vargas Llosa asume la tradición de liberales y racistas del siglo XIX, los que, bajo la bandera “Civilización o Barbarie”, exterminaron a los pueblos nómades de las tres Américas.

No reconocer la identidad étnica del Otro, y, en cambio, arrogarse el derecho de clasificarlo recuerda, además, el modo de actuar racista de las autoridades coloniales. Porque esta es la actitud que asume el celebrado autor al sostener que Evo Morales no es un indígena sino un “emblemático criollo”. Y como si no bastara con esta clasificación, con el propósito de degradarlo aún más, lo compara con un roedor: Morales es “vivo como una ardilla, trepador y latero”. Además, el presidente tiene “vasta experiencia de manipulador de

hombres y mujeres” y, según el escritor, expresa una ‘forma renovada de racismo’ constituyéndose en uno de los “nuevos caudillos bárbaros” del continente. En suma: para Vargas Llosa, el presidente de Bolivia no es indígena, pero sí manipulador, racista y bárbaro. Y también, un payaso, teniendo en cuenta el discurso del Premio Nóbel.

Las causas principales del “subdesarrollo” de América Latina serían el nacionalismo, el populismo, el indigenismo y la corrupción, si aceptamos la visión vargallosiana del mundo latinoamericano. La retórica del discurso periodístico del premio Nóbel entrelaza estas categorías para representar el carácter y la voluntad de los latinoamericanos, quienes al elegir tales soluciones rechazan la libertad de mercado y el sistema democrático republicano y, con ello, el proyecto modernizador que él defiende como única alternativa para que la región supere la pobreza. Los latinoamericanos son, desde el punto de vista de Vargas Llosa, los únicos responsables de los males que los hundan en la marginación y la miseria, puesto que rechazan el desarrollo y, en realidad, *quieren* ser pobres. Así lo manifiesta el escritor, con ironía pero con firmeza, en uno de los artículos titulado precisamente “Queremos ser pobres”. La ironía de incluirse en el título siendo un acaudalado como es, tiene por objeto descalificar la resistencia de los pobladores de Arequipa, quienes lograron suspender en el año 2000 “la privatización de dos empresas eléctricas regionales, Egasa y Egesur, que habían sido otorgadas en licitación a una firma belga”. La estrategia discursiva empleada reiteradamente por Vargas Llosa en sus artículos es común al discurso político en el cual se presentan aspectos condenables del “otro” mientras que la autopresentación es positiva. Es así como Vargas Llosa presenta el carácter violento de las acciones del pueblo de Arequipa y define su resistencia como “una batalla tan romántica como antihistórica”. Asimismo, responsabiliza a las autoridades locales de no haber hecho lo suficiente para difundir las “bondades” de la política neoliberal: “Impidiendo que las empresas eléctricas pasaran a manos privadas, los huelguistas de Arequipa creían estar luchando contra la corrupción y por la justicia y los pobres, pero, en verdad, estaban librando una batalla a favor de más atraso y pobreza”. Los arequipeños, además de ser violentos, románticos y antihistóricos, son ingenuos, creen luchar por fines justos pero en realidad su batalla implica obstaculizar el desarrollo y el bienestar que promete el neoliberalismo, causando así un daño “incalculable” al Perú.

Desde la perspectiva vargallosiana, es repudiable rechazar el inevitable predominio de la ideología liberal y de sus principios esenciales, como la propiedad privada sin límites y la libertad económica como valor absoluto, lo cual, en los hechos, implica la subordinación de la sociedad a los dictados del llamado Mercado libre y a la ficción de la mano invisible inventada por Adam Smith, fundador del liberalismo económico. En la descalificación del Otro expresada por el escritor está implícita la idea de que la historia es un proceso lineal e irreversible que culmina en la utopía propuesta por ideólogos del liberalismo económico como Ludwig von Mises, reconocido por Vargas Llosa y sus admiradores como héroe de los empresarios y adalid del mercado libre. En este sentido, ser realista, para Vargas Llosa, es inhibir al Estado de toda función social, salvo la represiva, transformando las empresas públicas, cuya función primordial es prestar servicios a la población, en empresas privadas cuyo objetivo principal es la obtención de la máxima ganancia al menor costo posible. Todo cuanto se opone a esta política es antihistórico: “Porque la privatización [. . .] es un paso indispensable para países como el Perú, si quieren salir de la pobreza. El único medio a través del cual pueden modernizar industrias a las que la administración estatal ha inutilizado”.

En “Haití-La muerte” publicado en 1994, Vargas Llosa se refiere a la trágica historia de las dictaduras que han padecido los haitianos durante todo el siglo XX, y resume los acontecimientos que llevaron primero al poder en 1990, mediante elecciones democráticas, al entonces sacerdote salesiano Jean-Bertrand Aristide y a su derrocamiento ocho meses más tarde. Como se recordará, en 1991 un golpe de estado militar expulsó a Aristide del poder y tuvo que exiliarse hasta septiembre de 1994, fecha en que es reinstalado en el

Gobierno con apoyo de la Casa Blanca Que EE.UU actuara a favor de un gobierno de izquierda habría de constituir una excepción en la larga historia de intervenciones militares. En las elecciones celebradas en 2000, Aristide es elegido otra vez presidente y es entonces cuando trata de realizar un programa reformista que lo acerca a Cuba y Venezuela. Ninguna sorpresa que en 2004 un golpe de Estado lo envíe nuevamente al exilio.

Vargas Llosa califica al presidente derrocado como “carismático ex curita”, quien había perdido sus “veleidades revolucionarias” antes de que fuera electo presidente por primera vez. Sin embargo, como el mismo escritor anota en su comentario, lo que determinó la caída del gobierno democrático fueron las reformas radicales que intentó llevar a cabo el ex sacerdote salesiano, defensor en esos años de la teología de la liberación y de los principios postulados a partir del Concilio Vaticano II. De ahí que el “ex curita” hubiera recibido en 1992, o sea, dos años antes de la publicación del artículo que comentamos, el premio Monseñor Óscar Romero de Justicia Social (otorgado por el *Center for Human Rights & Constitutional Law* de Los Ángeles) y más tarde, el *Premio UNESCO de Educación para los Derechos Humanos* (1996).

El artículo vargallosiano se publicó unos meses antes del retorno del cura rebelde a Haití y por ello el autor manifiesta su deseo de que Washington deje de titubear y se decida a actuar a favor de la democracia apoyando el retorno del presidente haitiano al poder. Sin duda, Vargas Llosa esboza críticas contra la política del gobierno (demócrata) de Bill Clinton por su pasividad en relación con la cruenta dictadura impuesta tras el golpe militar dirigido por el general Raoul Cédras, jefe del Estado Mayor del Ejército, y aboga por una rápida intervención estadounidense alegando la opresión que padecen los haitianos. Al mismo tiempo aduce no entender la lógica de la política de la Casa Blanca con respecto América Latina, ya que otras veces sí ha intervenido con rapidez. Sin embargo, no le sería difícil explicarse la política exterior de EE.UU hacia la región si tuviera en cuenta que el intervencionismo (y no sólo los últimos de Haití, Granada y Panamá que menciona el autor) ha servido para instalar en el poder juntas militares o gobiernos que garantizan su hegemonía política y económica. Pero la prodigiosa miopía ideológica del escritor le impide *observar* tales datos como asimismo la larga lista de gobiernos democráticos derrocados con la ayuda de actos terroristas realizados por agentes de la CIA o con la intervención de *boinas verdes* y *marines* y, por ello, le es difícil comprender las razones del titubeo estadounidense.

Hay otros silencios significativos. El autor menciona, por ejemplo, la ocupación estadounidense de Haití en el siglo XX pero silencia la temprana de 1832. Explica la llegada al poder del Dr. François Duvalier y su transformación en tirano implacable, pero nada comenta acerca de que la larga y cruenta dictadura de Duvalier se mantuvo en el poder gracias a la protección de la Casa Blanca. Del mismo modo que Vargas Llosa evita *observar* la injerencia de la Administración anterior republicana de George H. W. Bush en el derrocamiento del Aristide, evita también discutir las consecuencias de las intervenciones armadas de ese país en América Latina. Las razones de tal silencio quedan se aclaran en “Confesiones de un liberal”, conferencia dictada en 2005 en la *American Enterprise Institute for Public Policy Research* al recibir el Irving Kristol Award y reproducida en la cuarta parte de *Sables y utopías*. Vargas Llosa, entonces homenajeado por su compromiso ideológico (de ahí el tema de su discurso), fue presentado por el ex presidente del Partido Popular y ex Primer Ministro de España, José María Aznar, ante un selecto auditorio que contaba con la presencia de Mr. Cheney, entonces vicepresidente de EE.UU. En esta oportunidad, el escritor hispano peruano se confiesa liberal al mismo tiempo que admirador de la política de los conservadores R. Reagan y M. Thatcher. También confiesa la convicción de que la democracia vigente en la potencia del norte es la más abierta y funcional que exista en el mundo. De ahí que se dedique a combatir los prejuicios que la deforman “hasta la caricatura”. Pero esta labor no ha sido fácil: Vargas Llosa confiesa entonces las dificultades que ha tenido cada vez que trata de defender la imagen “real” de Estados Unidos.

Uno de los problemas que debe enfrentar, según esta parte de su confesión, es que el mismo país produce intelectuales antiestadounidenses como Michael Moore, Oliver Stone y Noam Chomsky. Para Vargas Llosa, quienes denuncian la injerencia de la mayor potencia económica y militar en América Latina o critican la guerra de Iraq son, simplemente, antinorteamericanos.

“Las exequias de un tirano” fue publicado a propósito del funeral de Augusto Pinochet a finales de 2006. Vargas Llosa, de visita entonces en Santiago de Chile durante el gobierno de Michelle Bachelet, aprovecha la oportunidad para condenar el sistema “inicuo” impuesto por el dictador. No obstante la adjetivación contundente que emplea al calificar de forma negativa la dictadura de Pinochet con el propósito de dejar en claro su distanciamiento, el autor revela la intención de atenuar la firmeza de su crítica, y no solo porque llame “tirano” al ex dictador, sino porque responsabiliza a la Unidad Popular y a Salvador Allende de querer llevar adelante una revolución radical y, por ende, de haber posibilitado las condiciones políticas que desembocaron en el bombardeo de la Casa de la Moneda, con la consiguiente muerte del presidente Allende, de muchos de sus colaboradores y de miles de chilenos. Es notable como un escritor inteligente y lúcido como pocos puede recurrir a un argumento usado solo por leguleyos cortos de entendederas que, para demostrar la inocencia de sus clientes, culpabilizan a la víctima. Quizás se deba a que Vargas Llosa escribe con “la cabeza caliente”, como ha confesado en el prólogo de uno de sus libros de “ensayo”, solo que lo hace más a menudo de lo que él parece creer. Sea como fuere, además de justificar indirectamente el golpe de Estado, sostiene que la dictadura de Pinochet “abrió, inesperadamente, una vía para la recuperación económica y la modernización de Chile” sin preguntarse cuál fue el costo de la tal apertura. Quienes se beneficiaron con la política económica impuesta por la dictadura fueron en primer lugar los sectores privilegiados. Los pobres que sobrevivieron las matanzas y los campos de concentración continuaron siendo pobres.

En su examen crítico de la dictadura, Vargas Llosa trata de explicar las circunstancias que hicieron posible la aplicación de la política económica de los *Chicago Boys*. Según el escritor, fue algo inesperado que ocurrió debido a “circunstancias específicas de Chile”, y “algo inconcebible en cualquier satrapía castrense”. O sea, Vargas Llosa presenta como *inesperado, excepcional, inconcebible*, que la dictadura haya aplicado la receta económica neoliberal. ¿No existe otra explicación más racional? Tememos que la haya. Pero entraña un problema: una explicación racional tendría que considerar la injerencia estadounidense en la preparación de las condiciones que posibilitaron el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Y el autor tendría que reconocer que esa política económica se aplicó contra los sectores populares con el apoyo de la Casa Blanca, de la extrema derecha chilena y *gracias a una dictadura brutal, no a pesar de ella*.

Vargas Llosa publica su artículo tras el fallecimiento del ex dictador y cuando las FF.AA ya no podían designar sus candidatos vitalicios al Senado, según la herencia antidemocrática dejada por la dictadura. Ahora bien, dado el papel que el prologuista le otorga al autor hispano peruano como *instintivo defensor de la libertad*, no deja de ser significativo su aparente silencio durante los dieciséis años del ominoso régimen del general Pinochet. No hubiera estado de más, entonces, que apareciera al menos *un* texto publicado durante el tiempo que duró la dictadura para dar testimonio del consecuente batallar vargalliosiano contra los regímenes autoritarios. De ese modo, el prologuista hubiera desvanecido toda sospecha de los sempiternos “escribidores supuestamente progres”, puesto que a ese “elenco de objetos”, como ha llamado el autor a sus críticos, les cabría malinterpretar la razón de ese largo silencio preguntándose si no se debió, por un lado, a alguna remota animosidad hacia la filiación ideológica de las víctimas, y, por otro, a una posible correspondencia hacia la de los verdugos que con tanto éxito plasmaron una política económica tan cara al ideario del laureado liberal.

En los cinco decenios en los que fueron producidos los textos de *Sables y utopías*, América Latina sufrió enormes transformaciones, desde la revolución cubana que para bien o para mal tuvo gran influencia en todo el continente, pasando por un auge del militarismo hasta el llamado retorno de la izquierda y las rebeliones indígenas que han conmovido la región desde Chiapas a los Andes. En las visiones de América Latina que se presentan en esta obra aparecen tales acontecimientos percibidos desde la perspectiva ideológica y cultural del autor. Nada extraño. Pero sí llama la atención que una mente lúcida como la Vargas Llosa no haya tenido en cuenta el papel desempeñado en la región por factores exógenos y sólo se haya concentrado en los internos. No es que todos los males que padecen los latinoamericanos vengan de “afuera”, pero, ¿por qué no indicar que fue la reorganización del mercado internacional bajo control de las potencias europeas lo que originó países mono-productores con la consiguiente vulnerabilidad de sus economías? ¿Por qué silenciar el saqueo de los recursos naturales? ¿Por qué hablar solo de los corruptos pero nunca de los corruptores? ¿Por qué ignorar que la gran mayoría de los dictadores llegaron al poder y se mantuvieron en él gracias al apoyo de la Casa Blanca? ¿Por qué silenciar que el retorno de la izquierda se ha debido en gran parte por el fracaso de la política neoliberal impulsada por dictadores y gobiernos sumisos a los dictados del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial? No considerar esos interrogantes implica “borrar” aspectos esenciales de América Latina en función de una postura ideológica. Pero sin duda, el mayor “borramiento” está relacionado con las culturas primigenias del continente. Dicho esto, se debe recordar que no es Vargas Llosa quien ha compuesto este volumen, por tanto, los silencios señalados no son de su entera responsabilidad.

En la visión del mundo de Vargas Llosa que aparece en *Sables y utopías* se defiende la idea del desarrollo y la modernización. Una utopía liberal que sólo sería posible manteniendo las desigualdades sociales y económicas, reduciendo las funciones del Estado y privatizando las empresas que producen bienes y servicios públicos. Pero no solo ello. En aras de la modernización, habría que sacrificar las culturas indígenas que alejan a los países de Occidente. De ahí se explicaría que Vargas Llosa combata tanto a quienes luchan por mantener una identidad cultural no latina como a los que rechazan la política económica neoliberal. En este sentido, las visiones de América Latina que ofrece *Sables y utopías* deben ser consideradas como el producto de la pasión militante del autor y de su explícita admiración por el modelo democrático estadounidense. Porque aunque Vargas Llosa sostenga que sus posiciones se apoyan en la observación y no en la ideología, y aunque muchos quizás coincidan con él y sólo perciban la dimensión ideológica en el capítulo donde se reproducen sus declaraciones en defensa del liberalismo, en todos los capítulos de *Sables y utopías* se encuentran ejemplos que contradicen toda tentativa por despolitizar sus juicios. Vargas Llosa es sin duda un intelectual consecuente y aunque haya cambiado de ideología siempre se ha comprometido: antes con los desposeídos, hoy con los poseedores de capital, como lo manifiesta en la mayoría de los textos reunidos en este volumen.

Juan Carlos Piñeyro

Uppsala universitet

E-mail: juan-carlos.pineyro@moderna.uu.se

Copyright of *Studia Neophilologica* is the property of Routledge and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.